

*La lectura de la carta de Mamá había ocupado un lugar en esa rutina, casi mística, con la que intentaba ahuyentar los demonios que habían invadido mi entorno. Al leerla entraba al universo de lo bueno, del descanso, de la paz. Podía entonces escuchar su voz, que resonaba en mi cabeza a medida que recorría las palabras trazadas por su hermosa caligrafía. Podía seguir las pausas de su pensamiento, la entonación de su voz, sus suspiros, sus sonrisas, y se me aparecía allí, delante de mí, y yo podía verla en todo el esplendor de su generosa personalidad, siempre bella, siempre feliz. En aquel trozo de papel Mamá había logrado atrapar el tiempo. La tenía para mí, totalmente para mí, cada vez que la releía.*

*Esa carta me importaba más que cualquier otra cosa. La había envuelto en plástico (...). La había sellado con las marcas autoadhesivas de desodorantes, para conservarla a salvo en caso de caer a un río. Hice lo mismo con las fotos de mis hijos que Mamá había puesto junto con su carta, y con el dibujo de mi sobrino de cuatro años, Stanislas (...)*

*Sentada sobre mi cama, las piernas cruzadas, desplegaba mis tesoros frente a mí. Contemplaba largamente cada foto de mis hijos. Observaba sus rostros, la expresión de sus ojos, su corte de pelo, sus rasgos a veces tan semejantes a los de su padre, a veces tan parecidos a los míos. Analizaba el instante que había quedado fijado, y siempre me resultaba difícil apartar la mirada. Me dolía, sentía un desgarramiento.*

¡Eres el grupo 3! Cuando finalices la lectura reclama las pegatinas de *El mundo de nuestros amores*, ¡te servirán después!